CAPITULO VI

SAN JOSÉ DE PALENCIA

I

La traslación de D. Alvaro Mendoza de la Silla episcopal de Avila á la de Palencia, fué el motivo del viaje que la santa Madre emprendió á Valladolid. Como el Prelado estimaba tanto, no sólo las virtudes de la fundadora, sino la obra del Carmelo (de la cual se mostró siempre decidido protector), quiso hacer un convento de la Reforma en su nueva diócesis, y escribió á Teresa para que lo verificara, apremiándola con súplicas más imposibles de resistir que si fueran severos mandatos. Además del deseo de cumplir la voluntad del Obispo, llevaba á la fundadora á Valladolid el anhelo de ver á su sobrina María Bautista; mas la fatiga del viaje, penoso en demasía, ó que Dios quisiera probarla con nuevos trabajos, hizo que, apenas llegó entre sus monjas,

cayese enferma de tanta gravedad que durante muchos días se temió por momentos verla expirar.

II

Recostada en una tarima, cuya dureza no había consentido que aliviasen á pesar de los grandes males que sufría, y de los ruegos de sus desconsoladas monjas, llevaba Teresa de Jesús muchos días de penosa convalecencia; débil y sumida en un sueño pesado, más bien molesto que reparador, hacía dos horas que parecía hallarse más tranquila.

Era cerca de oraciones: ante el altar de la enfermería, donde se veneraba un crucifijo á quien la Comunidad profesaba singular devoción, ardía una lámpara derramadora de tenues reflejos sobre la doble fila de pobres y blancos lechos: al lado de aquel en que reposaba la santa Madre se hallaban sentadas dos religiosas que velaban el sueño que les ofrecía por primera vez halagüeñas esperanzas: una de ellas era la priora María Bautista, y la otra la que llevó en el siglo el nombre ilustre de Doña Casilda Padilla.

Hablaban en voz muy baja, y el asunto de su conversación era la enferma.

—¡Cuánto se va á alegrar Su Ilustrísima si quiere el Señor que la mejoría de hoy vaya adelante!—dijo la hermosa hija de Doña María de Acuña.

—¡Días han sido de verdadera prueba!—respondió la Priora con un suspiro.—Pero la dicha ha de superar á las congojas pasadas, que de mí

sé decir no creo las sentiré mayores, por grandes padecimientos que Nuestro Señor quiera enviarme. Desearía poder explicar el cariño que tengo á su reverencia, pues no creo haya amor de padres ni parientes que pueda compararse con él.

—Si le dijera—añadió ruborosa la hija del Adelantado—que cuando no la veo me la finjo tan bien en la imaginación que me parece tenerla al lado, lo creería exageración; y, sin embargo, nada hay más cierto; con ella tengo mis coloquios, consultas y recreos, y sin temor de equivocarme juzgo que Dios permite me guíe tan buena maestra en cuanto acierto de penitencia y oración.

—Nada pongo en duda de lo que dice, porque gozo con frecuencia de iguales efectos; escuche su reverencia un extraño caso, y verá si es digna que se ame presente y ausente la que recibe del Señor maravillosas luces, y emplea estos favores en alivio de los corazones desolados. No hace mucho me envió Dios uno de esos pesares cuya intensidad es tal que nada puede mitigarlos. Aunque profesa y ausente muchos años de mi buena madre, la quería como si nunca me hubiera separado de ella, y la noticia de su muerte me hirió tan de improviso que cuanto hacía por dominar mi dolor era inútil.

María Bautista se interrumpió para enjugar sus lágrimas, y tras breves instantes de silencio prosiguió:

—Cuando más me afligía, recibí de nuestra Madre una carta llena de consuelos, que como suave bálsamo cicatrizaban las heridas de mi corazón; algunas palabras, sobre todo, me sirvie-

ron de gratísimo alivio. «No llore ni sufra mi hija,—decía:—la misericordia del Señor es infinita, y puede estar cierta no padece ya ni purgatorio la que tanto hemos amado.»

Aludía con estas palabras la fundadora á una gloriosa visión que tuvo de su hermana antes de recibir la noticia de su fallecimiento.

—¡Oh admirable virtud que tales revelaciones merece!—exclamó Casilda conmovida.

—Vuesa merced ha dicho la palabra que le corresponde, porque revelación fué aquélla,—repuso vivamente María Bautista;—cuando mi hermano Francisco me envió la triste nueva, me encargó la participara á nuestra tía; pero, embebida en mi dolor, no lo hice; Dios sólo le manifestó lo que ninguno le había dicho.

—Es mucha nuestra felicidad en tener tal Madre,—dijo Casilda con inocente orgullo.—¡Ojalá disfrutemos ahora largo tiempo de ella! Aunque bien mirado, mientras se reune todo para la fundación de Palencia meses han de pasar; alguna vez había de sernos agradable que no se haga monasterio sin obstáculos.

—¿Y lo que sufre en ellos nuestra querida Madre?

—Verdad,—murmuró la joven confusa;—acabo de ser egoísta, pero lo era sin intención; perdóneme el Señor y cúmplase su voluntad.

—Entonces le aseguro que no hay estorbos, pues la voluntad divina parece allanarlos en esta ocasión. El Prelado, el Visitador apostólico y la ciudad están igualmente deseosos que se haga; pero el inconveniente más grave nadie cuenta con él.

—¿Hay alguno?

—Así lo creo, y voy á darle la razón: ¿ha reparado vuesa merced el abatimiento de nuestra amada Madre, aun antes de caer enferma? Ella siempre tan fuerte en los trabajos, tan animosa en las contrariedades, y con tal deseo de padecer por Dios, está ahora triste y flaca de espíritu, como nunca la he conocido. Le aseguro que no quiero pensar en ello, pues siento una angustia que me desgarra el corazón.

Nuevas lágrimas inundaron las mejillas de María Bautista, y se perdieron entre los pliegues de su toca de lino.

III

Un ligero movimiento de la convaleciente las hizo acercarse á ella.

—¿Cómo está su reverencia?—preguntaron las dos á la vez.

—Gracias al Señor, he dormido tranquilamente,—repuso Teresa, á quien fatigaba hasta el hablar.—¿Pero qué hacen vuesas mercedes, hijas mías? ¿Por qué no se retiran á sus quehaceres ó á reposar?

—Queríamos estar á su lado por si necesitaba algo,—contestó sencillamente Casilda, mientras la Priora callaba, temerosa de que su excesivo celo la hubiese disgustado.

—Lo agradezco tanto, que no puedo encarecerlo más; pero no debo aceptar este sacrificio de todas las horas. Váyanse, váyanse, hijas y hermanas mías, á cumplir sus oficios; pero cuando ellos no las reclamen, vengan muy en hora buena;

su vista es el mayor de los regalos que me ha hecho el Señor.

María Bautista y Casilda besaron la enflaquecida mano de la fundadora, y se marcharon sin ruido, cerrando tras sí la puerta de la enfermería. Teresa quedó sola, y por largo rato permaneció con la mirada fija en la devota imagen de Jesús.

—¡Oh Señor y Dios mío, —murmuró al fin con acento tristísimo.— ¿Hasta cuándo ha de durar esta mi flaqueza de ánimo? ¿Es el mucho mal, ó el demonio que me quiere estorbar el bien que ha de hacerse? «En verdad me tiene espantada y lastimada, y muchas veces me quejo á ti, Señor, de lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo, que no parece sino que ha de guardar sus leyes según las necesidades y cosas que le hace padecer. Uno de los grandes trabajos y miserias de mi vida me parece ésta, porque tener males y padecer grandes dolores, aunque es trabajo, si el alma está despierta no lo tengo en nada, porque está alabando á Dios y considera viene de Su Majestad; mas por una parte padeciendo y por otra no obrando es terrible cosa, en especial si el alma se ha visto con grandes deseos de no descansar ni interior ni exteriormente, sino emplearse toda en el servicio del Señor, ningún remedio tiene aquí, si no es paciencia y conocer su miseria y dejar su voluntad en la de Dios, que se sirva de ella en lo que quiera y como quiera.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 2.)

Guardó silencio algunos instantes, luego cruzó las manos sobre el pecho y continuó:

—Haz, Señor mío, que pueda sacudir este pesado fardo del abatimiento que me agobia. *¡La fuerza de la virtud de la obediencia suele allanar cosas que parecían imposibles!* (Prólogo á las *Moradas*, núm. 1.)

Volvió á interrumpirse, y acabó con un suspiro.

—¡Válgame ella en esta ocasión y aliente mi espíritu, que jamás lo he sentido tan flaco y perezoso como hoy!

La vuelta de María Bautista interrumpió este monólogo.

—Aquí tiene su reverencia —dijo— dos cartas: una del Ilmo. Sr. D. Alvaro de Mendoza, que acaba de traer un propio, y otra del P. Baltasar Álvarez, si no me engaña el parecido de la letra.

Mientras Teresa rompía los sobres, la Priora continuó:

—El P. Maestro Ripalda ha venido á preguntar por su reverencia; —le dije que estaba mejor, de lo que se alegró mucho, y ha ofrecido volver mañana después de la hora de Misa.

—Quiera Dios que no falte, pues tengo precisión de verle, —dijo resueltamente la fundadora.

—¿No quiere su reverencia tomar nada?

—No, mi hija, y gracias por todos los buenos oficios que conmigo hace; retírese á descansar, y por Nuestro Señor que nadie se incomode en velarme; estoy mucho mejor.

Despidióse María Bautista, y Teresa tornó á dejarse caer en la almohada, no para dormir, sino para meditar lo que haría y de qué modo cumpliría mejor la voluntad del Cielo.

IV

—De verás que extraño á su reverencia,—le decía á la siguiente mañana su confesor, el Padre Maestro Ripalda, después de oir á la fundadora explicar muy despacio el mar de dudas en que se hallaba.

—No se espante mi Padre, que á mí me sucede lo propio,—repuso con humildad;—hace un año se trata de esta fundación, y no puedo por más que hago dominar mi poca voluntad de acabar con ella; por todos lados hallo tantos inconvenientes, que he querido consultar á su paternidad para que me guíe y tomarle en lugar del Señor.

—Grave responsabilidad hecha sobre mí, y mucho será que acierte en algo,—contestó el Padre Ripalda;—pero me parece el negocio camino tan llano que no hay por qué dudar al aventurarse en él. ¿Serán los años quienes le traen esta cobardía?

—No lo creo,—repuso Teresa con una sonrisa;—hace apenas dos meses de lo de Villanueva de la Jara, y no me sentía vieja en los ánimos de concluirla.

—Entonces fuera importunos cuidados y á emprender la nueva obra, que ha de dar mucha gloria al Señor.

—Lo mismo me aconseja mi P. Baltasar Alvarez, primero en Toledo, y luego en las cartas que recibí ayer. María Bautista muestra también grandes deseos, y cuantas personas tienen conocimiento de lo que pasa han de extrañarse de esta pereza. ¿Qué dirá el señor obispo de Palencia viéndome tan rehacia en pagarle algo de lo mucho que le debo?

—No se mortifique su reverencia; adelante siempre, y tenga presente, por si puede serle útil, que está en Palencia el canónigo Reinoso, sujeto muy siervo de Dios y sumamente á propósito para ayudar á la piadosa obra.

—Veremos lo que se hace, y gracias por el aviso,—dijo la fundadora algo más alentada;—en tanto, Padre mío, ruegue á Dios por quien necesita especialmente sus auxilios.

El maestro Ripalda se levantó para retirarse, y Teresa de Jesús se despidió murmurando para sí:

—La enfermedad ó el demonio me tienen atada; débil el cuerpo y tibios los deseos; «no bastan gentes aunque sean siervos de Dios, y bien claro está que no soy yo quien hace nada en estas fundaciones, sino el que es poderoso para todo». (El espíritu de este párrafo es del *Libro de las Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 3.)

Dos días después acababa de comulgar, y pedía al Señor la luz que necesitaba para cumplir su voluntad, cuando la voz divina resonó en los oídos de su ánima con estas palabras:

—«¿Qué temes? ¿Cuándo te he faltado? El mismo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer estas fundaciones.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 3.)

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Teresa, milagrosamente confortada;—«¡qué diferentes son vuestras palabras de las de los hombres! ¡No bastará